

XXII.

Con estas y otras voces semejantes
 Disipóse de Juan el sentimiento,
 Cual las pequeñas nubes ambulantes
 Al blando soplo de apacible viento:
 ¡Ah! sí, exclamó, que son tan importantes
 Estas cosas! cualquier detenimiento
 Seria un mal, y así cuando amanezca
 Yo tornaré y haré cuanto se ofrezca.

XXIII.

Despidióse despues con espresiones
 Y palabras de amor y de ternura,
 Y entregado á mil bellas ilusiones
 Poco á poco bajaba de la altura:
 Fingiase á su vista las regiones
 Fecundas del Anáhuac, sin cultura,
 Y luego en otro instante convertidas
 En campiñas amenas y floridas.

XXIV.

Y allá á su modo tal se figuraba
 Que en mil vergeles de pintadas rosas
 Su querida Princesa descollaba
 Entre las mas espléndidas y hermosas;
 Que ligero el Favonio desplegaba
 En derredor sus alas vagarosas,
 Y en tocando liviano sus vestidos
 Murmuraba con fáciles sonidos.

XXV.

Figurábase él mismo lentamente
 Rompiendo el sulco bajo el corvo arado,
 Y que la blanda brisa mansamente
 Halagaba su pecho acalorado:
 Hasta veia crecer copiosamente
 El fruto de su afan multiplicado,
 Y que al abrigo de su pobre estancia
 Viviria en reposo y abundancia.

XXVI.

Ni del cañon los ecos resonando
 Anunciarian la espantosa escena
 Del hombre que su sangre derramando
 Piensa medrar con la desdicha agena;
 Reinaria la paz, y derramando
 Su cornucopia de tesoros llena,
 Cada cual á su sombra apetecida
 Gozaria del mundo y de la vida.

XXVII.

Veia en fin en su agitada mente,
 Como por un encanto poderoso,
 Del Tepeyác alzarse derepente
 El templo mas espléndido y fastoso:
 Que en su trono de gloria prominente,
 En su interior magnífico y lumbroso
 La celestial Princesa dominaba
 Y por do quier los bienes derramaba.

XXVIII.

Como una nube en el sereno cielo
 Añadiendo belleza al claro dia;
 Como un arroyo al abrasado suelo
 Templando de su seno la ardentía;
 Como el sol, que rasgando el denso velo
 De la noche difunde la alegría,
 O cual suele festiva y abundosa
 Su vivo aliento la estacion hermosa.

XXIX.

De tan ricas imágenes prendado,
 Absorto lentamente caminaba
 El fiel indiano hácia su albergue amado,
 Que ya no muy distante divisaba:
 Era el camino fácil y escombrado,
 Y aunque la noche á la sazón llegaba
 Se iba con todo y eso deteniendo,
 Como iba estas ideas recorriendo.

XXX.

Presentábale en fin su fantasía
 Cuanto digno hay de amor, lo mas querido,
 Lo que en la tierra venturoso haria
 Y grande al hombre para el bien nacido;
 La religion que el cielo conducia
 Hasta lo mas remoto y escondido,
 La justicia y la paz, la fé sincera,
 Que sin eso no hay dicha verdadera.

XXXI.

Así con mas ó menos perspicacia
 Distinguia estos cuadros tan risueños,
 Sin advertir que el hombre por desgracia
 Opone siempre á la verdad sus sueños:
 Que con todo su esfuerzo y eficacia
 Traza otros rasgos, sigue otros empeños,
 En los cuales los bienes permanentes
 Sustituye con otros aparentes.

XXXII.

Admiraba sin esto la escelencia
 De los grandes y eternos beneficios
 De la Madre de Dios, cuya influencia
 Daria mas valor á sus servicios:
 Que una Madre tan llena de clemencia,
 Que una deidad de afectos tan propicios
 Debia ser al punto obedecida,
 Y adorada de todos y aplaudida.

XXXIII.

Porque ¿qué mas quisiera el navegante
 Batido de las olas y los vientos,
 Que librarse del piélagos inconstante
 Bebiendo de su pecho los alientos?
 ¿O qué otra cosa el triste caminante
 Estraviado y perdido, en los momentos
 Que llega la tormenta á desprenderse,
 Que un asilo encontrar y guarecerse?

XXXIV.

Y que silben, que luchen indignados
 Los contrapuestos vientos, que espumoso
 Rebrame el mar, sus vórtices airados
 Revolviendo en su seno tempestuoso;
 Que los males del mundo aglomerados,
 Que todo lo mas fiero y espantoso
 Del infortunio amague á los humanos,
 Esos monstruos ¿no penden de sus manos?

XXXV.

Así que ni un mortal indiferente
 A tanta dicha y tanto honor seria,
 Que el hombre busca el bien, y es justamente
 Despues de Dios, el bien mayor María:
 Que á él solo le tocaba hacer presente
 El grandioso suceso de aquel dia
 Segunda vez al rígido prelado,
 Sirviendo á Dios y al pueblo idolatrado.

XXXVI.

Y aunque no pocas veces le asaltaban
 Los temores de ser desatendido
 Cual la primera vez, mas no bastaban
 Para arredrarle el pecho enardecido:
 Que luego en su defensa se agolpaban
 Cuantos bienes habia concebido,
 Y estimando del cielo los favores
 Olvidaba sus penas anteriores.

XXXVII.

Ardia en el amor de su Señora,
 Y ansioso de tornar á su mandado
 Acusaba del tiempo la demora,
 Nunca á su ver tan lento y tan pesado.
 Quisiera ya que la naciente aurora
 Mostrase su semblante aljofarado
 Dando á la tierra movimiento y vida
 Para emprender de nuevo su partida.

XXXVIII.

De esta suerte llegaba entretenido
 De su cabaña mísera á la entrada,
 Cuando repente resonó en su oído
 La dulce voz de su consorte amada.
 Tan luego como lo hubo conocido
 De repentino júbilo asaltada,
 Con mil palabras del amor hermoso
 Celebraba la vuelta del esposo.

XXXIX.

Y Juan: Malinchi, he visto grandes cosas,
 El Tepeyác cubierto de esplendores,
 Y entre sus luces bellas, primorosas,
 Otras bellezas mas, otros primores:
 Era la Virgen Pura; mil gracias
 Cadencias entonaban los cantores
 Angélicos, al modo que tú sabes
 Del matinal concierto de las aves.

XL.

Y me llamó, y envióme con recado
 Allá á Tenoxtitlán, mas vanamente,
 Que en esto todo el día se ha pasado
 Sin obtener respuesta propiamente:
 Ya te diré; mas hora estoy cansado
 Y tengo que partir forzosamente
 Con el mismo recado y mandamiento
 De la primera luz al nacimiento.

XLI.

Ningun penar te cause mi tardanza,
 Si por caso no llego en todo el día;
 Tranquilízate en fin, y ten confianza,
 Que quien sirve á su Dios no se estravia.
 Y la humilde consorte, esa esperanza
 En el Señor me alienta, le decia:
 Adorémosle, Juan, y le adoraron,
 Y en su cabaña rústica se entraron.